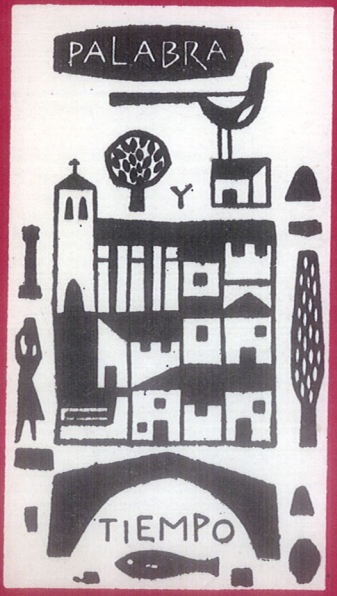
MANUEL ALONSO ALCALDE

ANTOLOGIA INTIMA



Manuel Alonso Alcalde, autor de este libro, nació en Valladolid, en 1919. Su decidida vocación literaria le llevó, aún niño, a escribir y publicar en diversas revistas y a cultivar la amistad de los mejores poetas de su tiempo que adivinaban el gran aliento poético que en él germinaba. Ha sido ensayista, novelista y autor teatral. Una obra suya obtuvo el primer premio en el concurso convocado por el Ateneo madrileño en 1959.

Su primer libro de poesías se publicó en Valladolid, en la Colección «Halcón», en 1946. También obtuvo el premio SESAMO, de narraciones cortas, en 1961.

La poesía de Manuel Alonso Alcalde tiene como principal característica su apasionada humanidad. Con profunda cultura clásica ha sabido huir de un encerramiento en moldes formales sin perder nunca el necesario equilibrio entre el estilo y la impetuosidad del pensamiento.

ANTOLOGIA INTIMA es una síntesis de la obra poética de Manuel Alonso Alcalde, elegida por el propio poeta entre todos sus libros publicados e inéditos. La identificación de la vida y la obra del poeta hacen de este libro una original y bellísima biografía de un escritor que si ha huído siempre de lo que se ha dado en llamar «vida literaria» no ha dejado jamás apagarse su viva inquietud y su profundo amor a la poesía.

L. L. A.

ANTOLOGIA INTIMA

(1941 - 1962)

Depósito legal: M. 998-1964

Gráficas Osca, S. A. - Aravaca, 8 - Tel. 233 50 71 - Madrid-3

MANUEL ALONSO ALCALDE

ANTOLOGIA INTIMA

(1941 - 1962)

PALABRA Y TIEMPO
XVII
MADRID
1964

Los poemas que integran el presente volumen, han sido entresacados por el autor, siguiendo un criterio puramente sentimental, de los siguientes libros:

"Los mineros celestiales".—Pamplona, 1941. Ed. Albor.

"Hoguera viva".—Valladolid, 1948.—Ed. Halcón.

"Presencia de las cosas".—Valladolid, 1950. Rev. "Halcón".

"Habitante en el sueño".—1953. Inédito.

"Lo que falta por decir".—1957. Inédito.

"Ceuta del mar".—1960. Ceuta. Ed. Instituto de Enseñanza Media.

"Luna de dulce trigo".—Ceuta, 1961. Ed. "El Faro de Ceuta".

"Hora de eternidad".—1961. Inédito.

"Encuentro".—1961-62. Inédito.

"Los mineros celestiales"
(1941)

DE PIE EN EL MALADETA

CON corazón que un tiempo fué un helecho
y hoy es mina con sangre de basalto,
imposibilitado para el salto,
estoy, aquí, de pie, ya piedra hecho.

Me siento unido a la montaña dura,
sé que oprime con fuerza mi pisada
y que, huyendo de angustia, la mirada
—alpinista piadosa— busca altura.

Soy granito, impasible y solitario;
la piedra poderosa sin paisaje;
el musgo sin raíces que se aferra.

Y lo más hondo: el frío milenario
y el agrio profundísimo y salvaje
del rayo y el metal bajo la tierra.

VIVA ROCA

CON mi tremenda vocación de roca
se van volviendo piedra mis entrañas,
y en mis últimas venas soterrañas
granito es ya cuanto mi sangre toca.

Que sobre mí se instala y me sofoca
una opresión creciente de montañas,
y se quiebran mis huesos como cañas
bajo su furia desplomada y loca.

Soy como un tierno mineral crecido
bajo el oscuro peso de una peña
y en sus puras raíces entrañado.

Así mi corazón intacto, hundido
en su mina de sombras, vive y sueña,
mientras late su brillo sepultado.

CUANDO PISO ESTAS PEÑAS

CUANDO piso estas peñas voy sabiendo
que hay algo más que tierra en mis entrañas,
algún oscuro mineral tremendo
que responde a la voz de las montañas.

Tiembla toda mi carne, así, azorada,
y oigo algo como un eco, como un grito,
porque siento en la sangre la llamada
del cuarzo, del basalto, del granito.

Se petrifica el hombre en mis entrañas,
y dulce, lentamente, se va haciendo
piedra mi voz, mi lengua, mi saliva.

Tengo bajo mis pasos las montañas
y las siento crecer, irse metiendo
dentro de mí, desde mis pies arriba.

EL GRAN SILENCIO

A Luis López Anglada

SERA cuando de todo lo que existe,
de la hierba que huele, bienamada
del toro de ojos grandes que ya embiste,

de la paloma que ni fué tocada,
de la corza y el ciervo, de la encina,
de la abeja y el mar, no quede nada;

cuando árboles caídos sean ruina,
cuando pájaros muertos sean tierra,
cuando fósiles selvas sean mina;

cuando la nieve antigua de la sierra
—risa de los trineos y los pinos—
que en sí misma, instalándose, se entierra,

sea granito sobre los caminos,
sin esperanza de que el sol, un día,
resucite en arroyos matutinos;

cuando el musgo pequeño que vivía,
cuando el chortal, la arcilla, el junco, el lodo,
cal sean, duna seca, luna fría

o playa sin gaviota, mar y yodo,
caerá impasible, cárdeno y pelado,
el Gran Silencio entonces sobre todo,

terriblemente, locamente, helado.
Será después del mundo. ¡Qué serena
la soledad de lo petrificado!

Un aire denso con sabor de arena;
un suelo de metal hosco y vacío;
ni mover de hoja ni latir de vena:
y allí el Silencio, desolado, frío.

"Hoguera viva"
(1948)

PROLOGO

ESCRIBO mi pasión, mi fuego escribo,
fuego y pasión en que mi sangre habita,
esto que se atropella, que se agita
dentro de mí como un torrente vivo.

Escribo tu recuerdo que cultivo,
pena que sobre mí se precipita;
escribo el viento loco que me grita
tu nombre, escribo un nombre fugitivo.

Mi voz entera en el silencio elevo
al aire claro, a la mañana quieta,
donde, como en un vuelo, se levanta.

¡Con este peso que en mi sangre llevo,
densidad que a la tierra me sujeta,
sólo mi voz es libre, y vuela, y canta!

El corazón en tu aire

CERTERO AMOR

FLUYE todo mi ser a tu mirada,
suena toda mi voz ardientemente,
y va todo mi anhelo a tí, impaciente,
con una fuerza viva y obstinada.

Como una piedra sola despeñada,
voy, amando, hacia tí, tan locamente,
que el corazón, ya de rodar caliente,
toma una tierna forma inesperada.

Esto es mi amor, radiante de locura,
hermoso en la mirada como un fuego,
palpitando sin forma y sin medida.

Sólo anhelo llegar a tu hermosura
y, como el viento, desatado y ciego,
en tí dejar, al descansar, la vida.

ALBA

COMO una fresca fruta matutina
brilla el mundo purísimo y reciente,
y en el silencio suena extrañamente
mi primera palabra cristalina.

Viene cargado de nocturna ruina
el viento iluminado e inocente,
y hace latir las frondas tenuemente
una trémula mano repentina.

Gira la noche, resbalando entera
a una rosada sombra de montañas,
y esplende, venturosa, tu hermosura.

Huele a hierba tu ardiente cabellera,
y algo que hay vegetal en mis entrañas
a ti me arrastra en la mañana pura.

MIRARTE

SI me hundo largamente en tu mirada,
de eternidad salgo bañado;
salgo radiante y puro como sólo,
fresco de lluvia, bajo el sol, un árbol.

Dejo entregado a tu mirada
mi ser entero, abandonado.
Mirarte es ya como una niebla,
vivir flotando sin espacio.

El tiempo —plumas, plumas sólo—
cae dulcemente, desmayando.
Y a una dorada lejanía.
se evade el mundo, así olvidado.

TU CABELLO

TU cabello en el viento
es una llama oscura, es una hoguera,
es un fuego agresivo y violento.
Yo quiero estar ardiendo hasta que muera
en tu pelo, en tu fuego, en mi tormento,
en tu ardiente y furiosa cabellera.

Hoguera, viento, noche, llamarada,
llenos están mis huesos
de tu cálida sombra perfumada.
Te tengo entre mis labios, furia amada,
cabellera mordida por mis besos.

LEJANA ESTAS

LEJANA estás como los montes últimos
heridos dulcemente por la sombra.
Ya no te alcanzo con mis voces,
aunque desesperadamente se prolongan.

Estoy bajo los cielos
como una peña levantada y sola;
entrañado en los cielos,
en su absoluta soledad redonda.

Los brazos se me escapan
como dos ramas amorosas;
a ti se alargan, tienden, pero soy como un [árbol
y unas raíces me encadenan, sordas.

Mi voz como la luz resbala;
suavemente hacia tí se ahonda.

Es como el mar: refluye siempre
hacia su playa luminosa.

Pero ha entrado en mis huesos
la soledad con lengua abrasadora.

CON ESTA VOZ

CON esta voz ardiente te he llamado,
con esta voz, con esta viva hoguera.
Así todo mi amor, mi voz entera,
clama con un anhelo apasionado.

Clama por tí, te busco enamorado
con mi total, con mi febril ceguera;
voy buscando tu hermosa primavera
como un viento a seguirte destinado.

Amarte no es soñar una mirada;
es buscar una sombra eternamente;
es buscarte con voz desesperada.

Es seguirte, tenaz como un lamento,
ir diciendo tu nombre ardientemente
y agotando mis voces en el viento.

Noche del hombre

DECIDME

A Miguel Delibes

¿POR qué este ansia, este amor, estos supremos
anhelos en el hombre? ¿Por qué existe
un destino de amar, bárbaro y triste,
en la ruina de huesos que movemos?

¿Por qué en esta presencia donde vamos
encadenados ya para la muerte,
hay tanto fuego, hay un clamor tan fuerte
que hasta los cielos saben que lloramos?

Decidme, hombres, que sufrís conmigo
la misma lumbre viva en que me abraso,
la misma angustia que a mi ser va unida.

Desconocido hermano, padre, amigo,
¿alguno entre vosotros sabe, acaso,
por qué es la muerte así, por qué es la vida?

RIO DEL HOMBRE

DEBAJO de mi ser corre la vida
profusa y desatada como un río;
si hundo mi mano en ella, siento frío,
pero no puedo detener la huída.

Ciegamente me pasa su corriente,
y, en ella, el corazón, abandonado,
como una fruta, se me va empujado,
siempre empujado y siempre ciegamente.

¡Este río del hombre, que nos lleva
con toda nuestra angustia enardecida!
¡Este brotar, este fluir constante!

¡Este ansia que no cede, siempre nueva,
porque es nuevo el amor en cada instante
como es nuevo el dolor en cada herida!

MUERTE

EN soledad se extiende, larga y fría,
esta luz amarilla de la muerte.
Sombra callada, el mundo gira inerte
por una niebla cárdena y vacía.

¿Cómo mi voz te nombra y se extasía
si no puedo guardarte ni esconderte?
¿Por qué no aprendo, amor, a retenerte,
como aprendí a nombrarte cada día?

Somos como dos árboles alzados
en medio de la tarde abandonada;
algo en nosotros late, crece, vive...

¡Como árboles nacimos destinados
a que, un día cualquiera, un hacha helada,
cantando en el silencio, nos derribe!

FLUIR

ESTOY cansado hasta lo inexpresable
de esta lenta, lentísima agonía;
de mi lento brotar de cada día;
de mi largo fluir interminable.

Cansado de esta muerte sin reposo,
de esta corriente, irrefrenable y fuerte,
que lleva cada instante hacia la muerte
como a un oscuro río silencioso.

De no poder hacer eterno y mío
un segundo de amor, bello y fragante,
porque un río tenaz lo va empujando.

Pero ¿siempre este bárbaro y sombrío
destino de nacer en cada instante?
Pero ¿siempre morir? Pero ¿hasta cuándo?

DIOS

INESPERADAMENTE levantado,
con su gran sombra, Dios ha aparecido,
como, de pronto, sobre el mar surgido,
un arrecife informe y encrespado.

Es Dios, entero sobre el mar naciendo,
agrandando su sombra como un monte;
es Dios, creciendo sobre el horizonte,
surgiendo ingente como un sol tremendo.

Así va proyectando su presencia,
como una lenta nube que resbala,
y cubriendo con ella, inmenso, el mundo.

¡Y es como un arbolillo mi existencia
si se detiene y sobre mí se instala,
con su gran sombra, Dios, vasto y rotundo!

LLENOS DE DIOS

LLENOS de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo,
como los ríos por los campos
llenos de cielo.

En Dios hundidos, caminamos,
como por una niebla, ciegos.
El nos envuelve con su sombra
como un inmenso monte quieto.

Flotan en Dios, puras, las almas,
como las nubes en el viento.
Llenos de Dios vamos los hombres,
llenos de Dios y sin saberlo;
la luz de Dios entra en nosotros
como en un río el cielo.

ASCENSION A DIOS

¿QUE llamas retorcidas, de qué hoguera,
éstas que así se ciñen a mi tronco,
como una encina, como un árbol bronco
que revuelve en sí mismo su madera?

¿Por qué van retorcidos mis anhelos,
no como nobles troncos levantados?
¿Por qué van tortuosos y angustiados
—espiral ascensión— hacia los cielos?

¿Por qué no vertical, por qué no erguido
voy, Señor, como un monte, a tu llamada?
¿Por qué siempre nudoso y retorcido?

¿Por qué sé que te busco y que te quiero
y no voy recto a Ti como una espada?
¿Por qué, si tengo el corazón certero?

La soledad y la tierra
(paisajes de Castilla)

I

UN hombre solo frente al mundo,
frente a las tierras derramadas.
Un hombre solo ante la tierra,
mientras el viento, entero, pasa;
crecido, entrándose en los cielos
como una viva y recta llama;
la soledad con él crecida,
con él izada y encumbrada.

La tierra, oscura de silencio,
bajo los cielos, honda y larga.

II

LA muerte así ha de ser: lenta quietud
como la tarde que se dora.
Así, con esas nubes,
con esas mismas luces hondas.

Un hombre solo ante la muerte,
alto y absorto,
como hoy aquí, frente a las tierras,
crecido, solo.

Así ha de ser la muerte: un hombre
delante de las tierras largas,
y un viento, dulcemente airado,
para arrancar como una hoja el alma.

III

UN árbol que sostiene
todo el dolor del mundo.
Un árbol, silenciosamente aparecido
sobre las tierras largas, único.

¡Y puede ser la vida un árbol,
a contraluz, desnudo!

El sol ya pesa, crepitando,
poniente, último.

Un árbol solo. Un perfil solo
sobre las tierras largas, mudo.

Resbala un ave en el silencio,
de pronto impuro.

IV

CON una fuerza horizontal
acometiendo —viento, toro—,
los campos huyen, infinitos,
inmensamente silenciosos.

Es un galope amontonado
a lejanías insondables;
es una loca y ávida carrera
que enciende cerros y pinares.

Un horizonte, inaugurado
bajo la luz pura y entera,
espera inmóvil a estos campos
que allí, llegados, se despeñan.

V

PASTOR DE LOS TOROZOS

PERFIL salvaje, sin pulir, al vivo:
bloque, veta, guijarro, cuero o tierra;
le duelen las entrañas de la sierra
y es hosco y huidizo como un chivo.

Papel de lija y polvo masticado.
Su carne, que no siente ni se eriza,
con las botas machaca y pulveriza
la dureza del monte no pisado.

Pastor de los Torozos: caramillo
de silbidos con corte de cuchillo;
blasfemias y gruñidos las palabras;

olor agrio a resina, oveja y perro,
y piel enroñecida como el hierro
en soledad de lluvias y de cabras.

VI

UN HOMBRE CANTA

TOCADO por el fuego,
por su feliz locura,
un hombre canta. Oídle.
Su voz, viva, se encumbra.

Canta de amor, de sangre,
de dientes que fulguran.

(La luz, como un cristal
tocado, se derrumba.

Pájaros locos, ciegos,
huyen. La sombra, muda.)

Un hombre canta Oídle.
Un hombre. El sol le escucha.

VII

LOS hombres van doblándose,
cayendo hacia la muerte, torpes;
entrándose en sus sombras uno a uno
como los pinos en la noche.

Un viento ciego les arrastra;
quizá este mismo que la sombra
empuja, espesa de resina,
hacia esos pinos que se doran.

Los hombres uno a uno van sabiendo
lo que es la muerte, su presencia.
Acaso sólo sea un poco
de viento con estrellas;
una sombra crecida por los troncos,
helada y lenta,
y unas celestes ramas últimas
doradas todavía de tristeza.

VIII

COMO los pinos hombres; hombres
hacia la luz, sobre la tierra:
loca carrera desbandada
entre raíces, entre nieblas.

Tiemblan las frescas copas duras
—redonda sombra—. Hombres caminan
sobre la tierra, hacia la luz.
—El viento, denso de resina—.

Caminan locos, se adelantan,
ciegos de luz, de sol hiriente.
—Surge, fugaz, un ave. El cielo,
para su fresco vuelo, crece—.

IX

EL viento enciende las tierras.
Un fulgor gris y tremendo
palpita, de pronto, en ellas.

El aire es un bloque entero,
pedernal de lumbres lívidas,
levantado bajo el cielo.

La tormenta, sorda y grave,
pasa enorme gravitando,
sobre los campos de nadie.

X

LOS pinos húmedos tienen
una inefable ternura.

Desciende lenta, inasible
—ramas trémulas—, la lluvia.

De la madera gotea
una tenue luz oscura.

Resuenan solos mis pasos
en la tierra opaca y húmeda.

Y huele la tarde toda
a fresca resina pura.

XI

TIERRAS con frío. La luz,
tibia y triste, ahonda y lame
cumbres pulidas, heladas
duramente bajo el aire.

Yo solo junto a los cielos,
lámina constante y fría.
La soledad es un árbol.
en las tierras infinitas.

El viento, aristado y duro,
sobre los campos de nadie.
La tierra cruje, pisada
por el viento solo y grande.

XII

FRENTE a la luz enfebrecida
que, ebria, desciende sobre el campo,
me veo, loco, contra el sol,
volando ciego, sin descanso.

Luz infinita, para el duro filo
de fulgurantes cerros hecha,
no para el hombre, que se abrasa
como los pinos, en la tierra.

No para el hombre que la mira
desamparado sobre el mundo.
Total silencio. Sol entero.
Larga la tierra. El cielo, mudo

Una hoja tiembla bajo el aire,
de pronto trémulo y gozoso.
Bajo la luz atronadora,
un hombre solo.

XIII

ESTA luz que me envuelve
no penetra en mi sangre

Vedme aquí, levantado
sobre el campo de nadie.

Todo es luz cegadora,
viva luz estallante.

Yo sólo oscuro, sólo
cerrado, impenetrable.

Ved la luz, suspendida
como niebla, impalpable.

Ved la luz, resbalando
como niebla, impalpable.

Yo solo, oscuro y solo,
sobre el campo de nadie.

XIV

UNOS CERROS

¿QUE sorda voz, qué cielo de locura
levantó esa ceniza enardecida?
Ved: son los cerros, tierra detenida
en medio de una loca sed de altura

Me duele como mía su blancura,
no de rosa feliz, fresca y henchida,
sino de cal febril y enloquecida,
de sol pesando con su luz más dura.

En los cielos inmóviles y hondos,
entran airadamente como lumbres
esos cerros pelados y redondos.

He aquí el silencio, pedernal ardiente,
que va abrasando el roce de esas cumbres
donde el viento de Dios caer se siente.

Epílogo de "Hoguera viva"

A TI SOLA

YO sé que has de mirar como espantada,
cuando la muerte, a plomo ante mi [abierta,
me derribe en su oscura grieta incierta
como una sorda piedra despeñada.

Yo sé que has de buscar, enamorada,
mi voz donde se oculte, muda y yerta,
sin saber que está aquí, viva, despierta,
henchida, virginal y apasionada.

Estoy aquí, ya para siempre vivo,
latiendo para siempre con mi hoguera
y suelta ya de mí mi voz ardiente.

¡Recógeme de esta pasión que escribo,
que vive con mi vida, aunque yo muera,
y con mi voz te llama eternamente!

"Presencia de las cosas"
(1950)

ISLAS

LAS cosas, tan recónditas,
tan de sí mismas siempre,
ceñidas por perfiles,
límites y contornos.
¿Cómo asignar certezas
a su escondido fruto?
No, obstinadas, hostiles,
se resisten: son islas.
¿Quién dice que no quedan
por los mapas regiones
aún ignoradas? Vedlas
aquí mismo, al alcance
de la mano: las cosas.

AQUI, JUNTO A LAS COSAS

LA luz no entra en las cosas.
Resbala, sí, sobre ellas, mansamente,
pero no entra; las ciñe,
las acaricia, las envuelve.
Como el mar en las peñas,
la luz sobre las cosas muere.
En su fondo insondable,
la noche siempre.

HOMBRE

Y él, en el tiempo, absorto.
—Pasan sonrisas, rostros.
El sólo en sombra, sólo
cerrado, oscuro —tronco,
torre—.
La luz, en torno.
El, tan cerca, tan próximo,
¡qué lejos, qué remoto!
Un hombre, ved: recóndito.
Secreto: un hombre solo.

AL LLAMAR A UNA PUERTA

AL llamar a una puerta
siento de pronto un miedo inexpresable
He llamado con los huesos de mi mano,
y ha sonado la madera oscuramente,
como un árbol en el bosque.
Detrás, está el misterio,
el silencio, la sombra,
quizá unos pasos leves, un crujido:
todo, como la muerte, al otro lado.

RESPONSO POR UN ANGEL

AHORA, mientras voy escribiendo estos ver-
[sos tan tristes
y mi juventud llena el mundo,
quiero saber si mi Angel de la Guarda
se ha cansado, por fin, de seguir a mi lado.
Porque ella está conmigo con sus fotografías
y puedo sonreirla definitivamente;
y tengo un cigarrillo entre los dedos,
y en el pic-up un disco,
y, en la mesa, al alcance de la mano, medio
[wisky con soda.
Nada falta a la dicha. El universo
completo, hoja por hoja, como un árbol.
Pero me asomo al mundo
de los millones de hombres por la calle,
y veo ángeles mustios,
alas caídas, pisadas,

plumas pegadas a las suelas de los zapatos,
[túnicas
cortadas por las ruedas de un tranvía,
y encuentro la razón de mi tristeza;
porque tampoco he vuelto a oir sus pasos,
mientras antaño siempre crujían sus sanda-
[lias,
niño entonces con todas las palabras
puras, redondas, como para jugar a un guá
[celeste,
para su block de ángel taquígrafo.
Ahora,
que acabo de cumplir los treinta años,
¡qué soledad tan repentinamente
grande!! Y así, con miedo de los rincones y de
[las sombras, digo
nombres de ángel, pronuncio
su nombre a ciegas para ver si acierto.
¿Por dónde, por qué limbos,
sobre qué nubes vuela de regreso?
Y llamo ¡ángel!, y sólo, por respuesta,
la noche sin remedio.

NIÑO

OH niño, o tierno pino,
sencillamente como el color de rosa.

Mirándote a los ojos,
el mundo toma forma de paloma.

Se hace cándida y nueva
la voz, si se te nombra.

Niño: un cabello tuyo
puede bastar para dorar el mundo.

PIEDRAS

(Avila)

AHORA piedra inmóviles,
esparcidas aquí y allí por el paisaje;
piedras grises, sin forma, como trágicos ros-
[tros,
o ni siquiera eso: piedras, únicamente.
Llegaron, sí —¿de dónde?—, dando tumbos,
[rodando
por laderas de siglos, despeñadas,
ciegas, por las edades. ¿Qué deseo
las modeló, ya eternas, casi humanas,
melancólicas formas de soledad? ¿Un hombre
os miró, acaso, como os miro ahora,
cimas entonces de la luz? ¿Qué ráfaga
de eternidad le iluminó al saberos
Compartido secreto, nada dicen: son piedras.
inmortales, triunfantes?

VERBO

NO nombréis, no, las cosas con palabras o
[tristes
piedras sin luz caídas sin forma sobre el barro.
No toquéis la palabra, no su herrumbre ve-
[lando
la desnudez primera del verbo, cuando sólo
era un ascua irradiando en soledad su brillo.
No toquéis la palabra: ya, marchita, no dice
la diáfana presencia de las cosas, oh, arcángel
caído; oh, melancólica ceniza sin destello.
En el origen era la soledad del mundo;
era la luz, su espejo cegador, hostigando
bultos, formas, volúmenes, erigiendo presen-
[cias
triunfadoras, radiantes en el día: las cosas.
Y, de pronto, fue el hombre, fue su voz ins-
[taurada;

y nació la palabra, fruto que ya sus dientes
implacables devoran.
No, no toquéis el mundo con palabras o barro.
El verbo ya ha perdido su resplendor purísimo,
su creador destello. No nombréis, no, las cosas
con palabras, ya sólo formas vacías, torpe
materia que no expresa vuestra dulce congoja,
nunca, nunca aplacada.
Un hombre, ved, silencio: secreto irremediable.

"Habitante en el sueño"
(1953)

PADRES

ES fácil olvidarlo.
Es sencillo creerse nacidos una tarde cual-
[quiera, en un crepésculo,
en un ardiente mediodía;
nacidos sin remedio,
llegados a la vida sin puentes, como se dice
[una palabra,
o, más bien, como un rayo de sol que, de pron-
[to, nos roza.
Nacidos de una madre, sola como una roca,
en cuyo dulce vientre, en cuya tibia sangre
[nuestra carne se arraiga.
Es fácil olvidar que hubo un hombre en un
[tiempo,
que hubo en un tiempo otra mujer, que hubo
unos dientes blanquísimos,

fulgurando en el fondo de una gruta.
Es sumamente
fácil desentenderse de estas cosas,
y no querer saberlo, y olvidarse
de que allí continúan, sentados en el tiempo,
oh, padres melancólicos, irremisiblemente des-
[terrados,
tendiéndonos sus brazos en la noche,
solos,
definitivamente solos.

ELEGIA POR UN HOMBRE DE CROMAÑON

TE he dejado vagando por bosques prehis-
[tóricos,
atravesando su luz malva, tristísima,
abandonado en medio de un mundo gigantesco
con tu dolor antiguo,
sin saber que eras tú quien habita mi edad
[y mi tristeza,
hasta el punto de que incluso el sabor de tu
[pecado permanece en mi lengua
como una verde oruga sobre el haz de la hoja.
Padre, remotísimo padre
de Cromañón, perdido
como un niño en las selvas cuartenarias,
perdido por la sangre, continua,
fidelísima sombra de ternura,
voz que en la noche y en el sueño dice
mi nombre.

Todavía,
como entonces, arrastras tu insaciedad a solas,
inquiriendo a la muerte desde el fondo
de una caverna
o el interior de las habitaciones;
todavía en tus dientes, en los míos,
fulguran frutas, senos mordidos y gargantas
desgarradas.
El mundo
se ha poblado entre tanto de ventanas y fá-
[bricas,
y van rostros de niebla, espejos empañados,
rostros grises, de nadie, rostros sin forma, ros-
[tros,
y trajes, y corbatas... Pasan rostros,
dos mil setecientos millones de rostros para
[un hombre
perdido en su misterio.
Remotísimo padre
de Cromañón, vagando
por los siglos, huyendo por la sangre,
padre de llanto, padre de congoja,
padre de insaciedad!

SOLA

EN el principio era el árbol y la desnuda
[piedra,
y era el fuego y su ojo horadador, y eran
unas pupilas acechantes, unos dientes y su
[brillo en la sombra,
y eran, en fin, la caverna y el miedo.
Y tú,
[sola, esperando.
¿Qué esperabas, oh triste, oh absorta? ¿En qué
[secreto
tu frente pensativa?
Todavía ignorabas el amor, su encrucijada sú-
[bita,
y ya en el fondo de tus ojos, palpitante, mi
[vida.
Nada, nada sabías, ni siquiera
que, en un tiempo lejano,

yo diría tu nombre tristemente,
buscándote, indagándote, nadando hacia el
[origen,
hacia tu imagen, perdida en las primeras
nieblas del mundo.
Oh, madre, yo he sentido
tu presencia espectral vagando por los siglos
[atónita
con mi muerte en tu vientre.
Te he visto caminar traspasada por la luz del
[ocaso,
y he seguido tu cabellera, su largo rastro, su
[imposible caricia,
sumiéndose en las selvas,
tal un astro que de pronto atraviesa la noche
[y en la sombra se anega.
Me miro en el origen,
dulce, continuo sueño que en tu frente se ex-
[tasía; me miro,
ya muerte tuya, en tu mirada absorta,
madre antigua e inmóvil, madre definitiva.

MUERTE

No sabías la muerte, no sabías
su apagón violento,
su descender sin retorno, así un astro
cayendo, desprendido, en la noche sin fondo.
¿Por qué, por qué la muerte? ¿Por qué aba-
[tienda, súbita,
tu torre de alegría?
El mundo era la luz, eran los bosques diáfa-
[nos, las aves,
era la sangre y sus ramajes de gozo...
Y, de pronto, la muerte, su caída:
preguntas a los cielos, lámina sin respuesta;
[preguntas
atónito a sus bronces,
porque sientes crecerte la muerte por los hue-
[sos,
ascender por la carne su alquitrán sin sonido.

¿Por qué —otra vez— la muerte? ¿Por qué
[ante ti una sima, como abierta
de un gigantesco hachazo?

Nunca, nunca sabremos tu secreto.

En la tarde
un hombre devorando, solitario, su muerte.

LUNA

TE he contemplado, he alzado hacia tí el ros-
[tro;
millones de hombres, millones de muertos an-
[tes que yo lo han hecho;
millones de hombres te han contemplado ab-
[sortos,
luna, o ceniza en soledad vertida.

Pero hubo un hombre, aquél, precisamente,
el que yo busco, el que yo indago con mis
[versos,
que te miró en silencio en la primera noche
del mundo.

El levantaba también su frente
[pensativa

hacia tí, oh solitaria.
El inquiría. Siempre.
Parada en medio de la Tierra
su torre de preguntas.
Un hombre hubo —aquél, precisamente—
que alzó su rostro hacia tu luz, caída
vertical en la noche,
y se sintió bañado en su estaño tristísimo,
atravesado por su claror, su secreto espectral,
[su rïelar estático.
A tí, a tí dirigía su desolado grito,
su insaciada congoja.
Por él te llamo ahora, por su imagen
olvidada en el fondo de tu ojo sin sueño.
Por él pregunto, No sé su nombre, ignoro
si tiene nombre alguno, pero basta
decir su pena solitaria, su triste
reinar bajo los astros,
para que reconozcas su recuerdo, ya eterno
sobre tu espejo unánime.

"Lo que falta por decir"
(1957)

LLANTO POR LOS MUERTOS

LLORO por esos muertos sin nombres ni ape-
[llidos,
por todos esos muertos que caen en las es-
[quinas
y por los que se pudren en las fosas comunes
o flotan en las tinas de fenol de San Carlos.

Por los muertos de nadie, tal vez ni de ellos
[mismos;
por esos que nos miran desde su orilla última;
por los tristes cadáveres que nadie ha recla-
[mado
y se abandonan, solos, a su propio secreto.

Y también por los míos y los de cada uno,
siempre como dispuestos a llamar a la puerta,
sin querer convercerse de que ya no hay re-
[medio
porque hasta los retratos se han vuelto ya ama-
[rillos.

Lloro por los ahogados que incluso el mar re-
[chaza
como a odres monstruosos o boyas increíbles;
por los que las gaviotas cavaron las entrañas
o aquellos, tan intactos, que aún llevan sus
[zapatos.

Lloro por esos muertos encontrados el alba
que ensombrecen de pronto los muros de los
[pueblos;
y por los vagabundos que buscan los rincones
para morirse a solas mientras un perro ulula.

Por los muertos de ahora, de este preciso ins-
[tante,
que muerden con sus dientes el último resuello;
por los otros, tan viejos y tan definitivos,
que aún siguen acostados en la misma postura.

Lloro por esos muertos negados por tres veces
que acaban resignándose y se alejan despacio,
y también por los otros, los que no se resignan
y arañan en la puerta desesperadamente.

Por los muertos de niebla, sin rostro ni adema-
[nes
para que su recuerdo no vuelva a perseguirnos,

y por los que nos hunden su gesto en las en-
[trañas
a fin de ya nunca podamos olvidarles.

Por aquellos que esparcen su hedor sobre la
[tierra
y por los que desnudan dulcemente sus huesos;
por los que oyen de día el hervor de las larvas
y los que se difunden como arena en la noche.

Lloro por esos muertos obstinados, estables,
que siguen con nosotros continuos y estanca-
[dos,
muertos inverosímiles, como ese muro absurdo
que se sostiene, solo, después de un bombardeo.

Y también por los otros, los desaparecidos,
los que no ocupan sitio, los abstractos, los
[nada,
los que apenas dejaron en el aire una huella
como la que en la almohada imprime una me-
[jilla.

Lloro porque están muertos definitivamente,
muertos a cal y canto, lacrados y sellados;
lloro porque sus dientes aprietan su secreto;
lloro sobre su último silencio irremediable.

Tengo tantos motivos para llorar por ellos
que llevo por los muertos la cuenta de mis
[años,

porque vivir es eso, rezar su letanía,
ir diciendo uno a uno los nombres de los muer-
[tos.

Lloro por todos juntos, por los que aún tienen
[nombre
y los que lo perdieron a fuerza de alejarse;
por los que, treinta años o un instante, estu-
[vieron
girando a nuestro lado como tristes planetas.

Lloro porque me canso de enumerar los muer-
[tos,
de contabilizarlos, de llevar su estadística;
lloro porque bebieron también de nuestro aire
y están muertos ahora inexplicablemente.

ELEGIA A LAS ONCE

ESCRIBO por vosotros, mis crueles amigos,
que rompéis a pedradas y gritos mi con-
[ciencia
tranquila; por vosotros, que envenenáis mis
[sueños
honrados y neutrales de funcionario público.

Porque, precisamente por vosotros, se acusa
un hombre que se llama Manuel Alonso Al-
[calde,
que, por supuesto, no ha hecho daño a nadie
[a sabiendas
y hasta ahora dormía de un tirón sus ocho
[horas.

Pero ahora sé que hay hombres azules y vio-
[lentos
que viven en reservas como los pieles rojas,

y cuando en la taberna beben vino los sábados
se dejan olvidada en el vaso su cólera.

Son hombres que levantan dos manos formi-
[dables
que no han sabido nunca sostener una rosa,
hombres que cada día despiertan a las cinco
bajo un cielo increíble de chapas y uralita.

Hombres que ya conocen, sin haberla probado,
el sabor imposible de la sangre en la lengua;
hombres que reinan solos, rechazados y úl-
[timos,
sobre una primavera de botes oxidados.

Hombres que cada día, selváticos y antiguos,
arrancan a mordiscos su rebojo de vida,
mientras oyen, en sueños, caer sobre el tejado,
lloviendo mansamente, las Bienaventuranzas.

Por vosotros escribo, mis crueles amigos
que envenenáis mis años, me acuso por voso-
[tros
de los ochenta duros que envidé con dos jotas
y del wisky con soda que bebo a mediodía.

Me acuso de mis buenas costumbres, de mi
[sueldo
cobrado puntualmente los días treinta y uno,
de mi batín de seda, de mis limpias cuartillas
y hasta de esta tirada de alejandrinos blancos.

Porque existís vosotros, y yo tengo mis libros;
porque me odiáis vosotros mientras fumo una
[pipa;
porque escribo en silencio a la luz de una lám-
[para
oyendo sólo el vuelo del sueño de mis hijos.

Protesto y me rebelo por vosotros, amigos,
porque oigo vuestros pasos de alpargatas de
[esparto,
y os miro, cavernarios, en la noche sin luces
veinte mil años antes de mi Párker 21.

Que estáis solos, sabedlo, definitivamente,
remordiéndome, hiriéndome, desvelando mi
[sueño,
y escribo por vosotros oyendo vuestros pasos
igual que si viviérais en el piso de encima.

Vosotros, a distancia: a kilómetro y medio:
pena a aquél que se atreva a franquear la fron-
[tera.

Pertenecéis al mundo de las coles cocidas,
no al nuestro, tan decente, donde todo está en
[orden.

Os digo que a distancia, en los últimos barrios,
donde ya no florecen las señales de tráfico
ni afilan en la noche las esquinas el cuerno
que desgarra las medias a las pobres trotonas:

Allí, precisamente, donde se acaba el mundo,
donde empezáis vosotros, mis crueles amigos,
que estáis rompiendo a gritos mi conciencia
[tranquila
y habéis envenenado mi sueño para siempre.

Porque ya no es posible que deje de acusarme
de mis treinta y siete años ganados sin esfuerzo
y sé que, al afeitarme mañana ante el espejo,
me obligaréis vosotros a apartar la mirada.

AHORA, MIENTRAS...

AHORA, mientras subastan una banca de
[monte,
un obrero recorre los raíles del Metro,
y en el instante justo que salta un cuatro de
[oros
un albañil ha estado a punto de irse abajo.

Mientras el rey de espadas cubre la cruz del
[punto,
hay un pastor que masca chacina en la cuneta,
y al tiempo en que se dobla el caballo del brazo
se lleva una ambulancia a un capataz de mina.

Precisamente mientras asoma el as de copas,
hay cuatro hombres que empujan dos quitales
[de hulla,
y la misma tristeza que a la sota de bastos
invade de repente a unos estibadores.

"Ceuta del mar"
—Oda y alabanza por una ciudad—
(1960)

CIFRA

OS digo un nombre, una ciudad ungida:
digo perseverantes primaveras,
digo una pirotecnia de palmeras,
digo muros de cal enardecida.

Digo una luz total, incontenida,
y sombras de pinares y laderas,
y digo, en fin, el mar y sus fronteras,
el mar y su continua acometida.

La ciudad que pronuncio, la que digo,
limita al Norte con la siempre-orilla,
con el siempre-camino de las olas.

Brújula al siempre-mar, por donde sigo
el siempre-rumbo de la siempre-quilla
hacia las siempre-costas españolas.

SUEÑOS

A nieblas de nostalgia me convoca
tanta piedra varada en el pasado;
a sueños, tu soñar inacabado
que en el Mediterráneo desemboca.

Aún pasan, sombras ya, frente a tu roca,
naves fenicias de remar dorado;
aún las quillas de Grecia; aún el ferrado
rostral romano y su embestida loca.

Aún vagan por el aire, devaídos,
Hannon, Calipso, Ulises, las Hespérides,
exilados del tiempo, preteridos.

¡Y aún palpita en el aire aquel minuto
en que el sueño cedió sus efemérides
y se te abrió la historia como un fruto!

ISLA

ISLA de luz para la luz nacida,
nave feliz latinamente anclada,
nave en la mar, nave en la luz varada,
por mar y mar y luz y luz mecida.

De tanta mar y tanta luz henchida,
que de luz y de mar nació embriagada;
que por el mar, pasada y traspasada,
que por la luz, vivida y revivida.

Así, en su singladura navegante,
paraíso a Calipso destinado,
te vio Ulises surtiendo de la orilla.

Y así pudo olvidar su amor constante,
embriagado de luz y enajenado,
como yo mis nostalgias de Castilla.

SEPTA

SIETE colinas cuentan, loma a loma;
siete continuadas primaveras;
un vaivén siete veces de laderas;
siete blancuras donde el sol se aploma.

Para siete nidadas de paloma,
siete olas paradas y cimeras:
siete colinas donde perseveras,
Ceuta feliz, como la misma Roma.

Que por siete que cuentan, como en juego,
un nombre te nació deletreado,
el nombre alegre y blanco que mereces.

De siete a Septa un primer brinco, luego
un salto más, y el nombre terminado,
siete veces hermoso, siete veces.

MADRIGAL CON HERCULES

HERCULES tronchó al paso y trajo en vuelo
a esta orilla, la flor recién cortada,
no por dar a la rosa trasplantada
distinta savia de distinto suelo.

Que fue que soñó a Ceuta bajo el cielo,
sola, blanca, feliz, trasfigurada,
y la dudó, de tan iluminada,
si rosa, si ciudad, en su desvelo.

Que si sí, que si no, que alegremente
—que Hércules fue en su enjundia y en su [traza
un San Cristobalón de la alegría—,

la hizo ciudad y rosa finalmente,
y, satisfecho, volteó su maza
y se alejó por la mitología.

PUENTE DEL CRISTO

¡QUE arquitectura de isla bien islada!
¡Qué soberanamente predispuesta
para que ola a ola y cresta a cresta
la deje el mar rotundamente aislada!

Pudo seguir como nació, cercada,
isla siempre en el mar y siempre enhiesta,
pero, al saltar sobre la orilla opuesta,
su vocación de isla quedó en nada.

Si esto ocurrió, sabedlo, es porque era
poco su único brazo de escollera
para estrechar al mar que la envolvía.

Y, para completar aquel abrazo,
tanto es su amor de mar, que un nuevo brazo
por el Puente del Cristo le nacía.

"Hora de eternidad"
(1961)

HORA DE ETERNIDAD

A vosotros lo digo: Dios está próximo. Hace
[tiempo que escucho
sus silenciosas alas o cuchillos;
hace tiempo que vuela en grandes círculos
concéntricos,
sin que su ojo impasible
se aplaque, sin que su ojo
sin párpado, se olvide.
A vosotros lo digo
con versos que ya no me entretengo en ajustar
[por piezas,
en soldar pacientemente con primorosas rimas.
Porque ya no queda tiempo para jugar con las
[palabras,
para hablar de muchachas, de las rosas o el río,
ni para entretenerse
en ir hendiendo con el cortaplumas,
como tiernos piñones, unas sílabas.

¿Por qué me buscas, Padre? ¿Por qué ahondas
con Tu mano en mi vida?
¿Es que puedo nombrarte sin que mis espejos
[se empañen,
sin que hagan añicos mis palabras?

Estamos los dos solos. Mira mi cuarto y sus
[paredes,
contempla los bosques espacidos por estos mue-
[bles, oye
las risas de mis hijos en las habitaciones.

Voy a hablarte con barro, con palabras
que han sido desterradas de los poemas;
voy a escalarte con mis versos hasta alcanzar
[tus miradores
para manchar de barro tus cristales;
voy a salpicarte el rostro de barro, Padre mío.

Vente conmigo, recorreremos las ciudades;
oirás hablar de la próxima guerra;
contemplarás al sexo, debatiéndose
furiosamente entre unos saxofones;
conocerás, en los suburbios, gentes en el exilio
que esperan todavía no se sabe qué mano o
[qué sonrisa;
sabrás, por último, que, en los hospitales,
detrás de los biombos,
mueren hombres a solas.
Sin embargo,
recuerda que, a pesar de todo,
que son la obra de Tus manos: Tu Obra.

Quizá, a primera vista, no sea fácil reconocer
[en ellos Tu fulgor inextinto;
pero contémplalos despacio: mira
cómo pugna en sus huesos la piedra creadora
—piedra recóndita que, ceñida, se ofrece—,
la roca original,
la raíz berroqueña de Tu mundo.
Llega hasta ellos con Tu dedo, y palpa
por detrás de la oreja
la dura y obstinada presencia de la peña.
Son ellas todavía, Tus criaturas, las mismas:
debajo de los trajes,
disuelta como un terrón de azúcar,
hay una delicada
nebulosa,
un tenue resplandor,
un soplo
Tuyo,
un mineral secreto en el que late un brillo se-
[pultado,
una partícula de Ti que dulcemente irradia.
Reconócete en ellos,
Padre;
mírales cómo nacen, sin saber cómo, cualquier
[día;
edifican ciudades, hablan del amor y esas co-
[sas;
sienten por un instante la amarilla tristeza
[de estar vivos;
invocan a veces Tu nombre;

y, al fin, descienden a la muerte,
indiferentes, aburridos, con el sombrero puesto,
como al andén de una estación del Metro,
sin haber vuelto el rostro a Tu llamada,
sin saber que era Tuya la mano que tocaba
[su hombro,
sin haber conocido Tu música.

Pero, repito, Padre mío, Dios mío, que son Tus
[criaturas,
que puedes ver Tu imagen en el fondo de sus
[ojos como un oro dormido,
que puedes encontrarte, destellando, a Tí mis-
[mo,
hasta en el cadáver de esa mujer desconocida
[que ha perdido un zapato.
Son torres, troncos
cerrados como el impenetrable minuto de mo-
[rir:
mira cómo se buscan ciegamente los cuerpos
[en la noche,
hostigados por una furiosa soledad; día a día
su corazón revienta de insaciedad. A solas
te buscan, ignorándote.
Te digo que son ellos, lo designo, señalo,
por si aún hay remedio;
porque hace tiempo que te oigo planear en
[silencio,
sin que Tu ojo impasible
se aplaque, sin que Tu ojo
sin párpado, se olvide.

NO

OYEME, Padre mío;
escucha de mis labios una terrible llama-
[rada:
tal vez, andando el tiempo, la recuerdes
porque alcanzó de lleno Tu rostro, señalando
sus mejillas con una cicatriz indeleble.

Se nos ha dicho: amaos los unos a los otros.
Recuerdo
—mi alma era entonces como una tierna hojita
[lanceolada—
que esas palabras removían mis fondos,
se henchían, ascendían, alcanzaban mi pecho,
me subían dulcemente a la boca
como en una marea de ternura.
Pero treinta años más tarde, esto es, ahora,
después de haber vivido treinta años más entre
supe que Tus palabras [los hombres,

aquellas en las que Tu corazón se apoyaba,
en las que cada noche se tendía Tu corazón
[como en un césped,
no eran palomas cándidas como cuando
las echaste a volar; no, ya no eran
sino granizo, fría
lluvia sobre una lámina
hostil, terca pizarra,
techo obstinado: el hombre.
Supe que Tus palabras
rebotan como sordo granizo
sobre Tus criaturas,
géiseres de odio, lanzas implacables
destruyendo en sí mismas su soledad frenética,
que les hieres,
Padre,
que apedreas y hieres con ellas sus mejillas;
que aquellas palabras,
precisamente aquellas,
les hostigan.

MIRA ESE HOMBRE QUE PASA

MIRA ese hombre que pasa, contempla su
[sonrisa,
hueso tenaz, almendra de su muerte;
contempla sus dientes apretados,
hostil espejo en que la sangre brilla:
porque es en ellos donde choca Tu nombre
[cada noche,
donde cada noche rebota Tu nombre como un
[terco abejorro.
Oyeme bien, Padre mío:
esa pelada sonrisa que en la sombra se en-
te nombra cada noche. [ciende,
Y Tu dormido campo se bebe sus palabras co-
[mo un agua tranquila,
y sus palabras te hacen sonreir entre sueños,
e incluso, a veces, tiendes hacia ellas, entre
[sueños, Tu mano.

Entre sus dientes cada noche
Tu nombre se deshace;
le trituran, le roen
con avidez terrible,
tal una mantis religiosa
devorando a una dulce mariposita malva.
Escucha cómo crujen en sus dientes las letras
[de Tu nombre,
las cuatro letras de Tu nombre, Dios mío,
cómo caen de sus dientes,
tal las gotas de un grifo mal cerrado en la
[noche.
Y Tú, Padre terrible, sonríes entre sueños
y aún tiendes hacia ellas entre sueños Tu ma-
[no.

VIAJE

EN cualquier momento, en este minuto o en
[el próximo,
acaso en el instante mismo que mordisqueo
pedacito de hielo, [ahora como un tenue
puedo caer, Padre mío, en Tus aguas.
Sé que voy a tu encuentro inevitablemente,
como un grávido peñasco desprendido de tus
[propias laderas,
que baja, rebotando, para hundirse por último
en el inesperado oleaje del fondo.
Justamente por eso resulta necesario que te
que es preciso que sepas [diga estas cosas:
que si no salto a Ti haciendo el ángel o la car-
[pa,
sino que simplemente te caigo a plomo, pesa-
[do, como un fardo
que se desliza al mar desde el muelle en la
[noche,

debes de sonreirme, tienes que hacerlo, Padre,
sonreir a pesar de todo.
Porque pequé contra Tu rostro,
pero invoqué en mis años Tu nombre, Espejo
[mío.
¿Me oyes, me oyes ahora mientras digo estos
[versos tan tristes?
Sentado sobre el tiempo, viendo correr sus
¿escuchas este dolor que afirmo, [aguas,
esta torre de pena que edifico,
este chorro de angustia que pronuncian mis
Es necesario, repito, que sepas [labios?
que soy aquél, el mismo,
Manuel Alonso Alcalde,
de la quinta del 40,
yo, yo, precisamente,
que escribo ahora mi nombre,
para que reconozcas su sonido
en cualquier momento, en este o en el otro mi-
[nuto,
incluso mientras voy musitando muy despacio
[estos versos.

"Luna de dulce trigo"
(1961)

I

FUE un carpintero, el hijo de María:
treinta años al olor de la madera;
treinta años de impregnar Su vida entera
en la madera de la serrería.

Treinta años de aguardar a que Su Día
fructificase con la primavera;
treinta años de llegarle, desde fuera,
troncos y campo a la carpintería.

Treinta años de cepillo y escofina,
de ensortijar virutas con aromas
y ungirse de aserrín y de resina;

Que al treinta y uno, se salió al camino
y se perdió a lo lejos por las lomas,
definitivamente campesino.

II

LOS campos matutinos y mollares,
y las siestas en sombra en las higueras,
y los recuestos, y las sementeras,
y los viñedos, y los olivares.

Todo lo anduvo con sus caminares,
colinas, y majuelos, y laderas.
Siempre un paisaje: trigos y chumberas,
y un poco de humo, abajo, en los hogares.

El resbalaba, dulce, Sus miradas,
y hablaba entre los Suyos de Su ausencia
con ternura y tristeza anticipadas.

Y comía con ellos, y bebía,
pensando si dejarles Su presencia
en el vino y el pan que compartía.

III

QUE el pan y el vino siempre por Su vida:
trigales y majuelos del camino.
Pan y vino en el campo, pan y vino
en la cena final: la despedida.

Cuánta pena en sus ojos contenida.
Era el pastor. Cumplía Su destino.
Y ellos comían pan, bebían vino,
sin sospechar su próxima estampida.

Iba a dejarlos para siempre. La Hora
definitiva estaba a punto. Ahora
era el momento; Su ternura urgía.

Y tomó el pan y el vino, los bendijo,
y "éste es mi Cuerpo, ésta mi Sangre", dijo,
y fueron pan y vino Eucaristía.

IV

Y así Suyo, ya Suyo eternamente,
ya eternamente nuestro, ya sustancia
de Su ternura y Su perseverancia,
de Su piedad continua y vehemente.

Un Cristo nuevo, vivo y permanente,
a ungir nuestra orfandad con su fragancia:
viña de amor, harina de constancia,
Dios entregado campesinamente.

Que el agua, gota a gota, por la caña;
que, grano a grano, el trigo, madurando;
que, golpe a golpe, la hoz que lo derriba;

que la harina le sigue y le acompaña;
que el Misterio de amor se está velando;
que comemos en pan Su Carne viva.

V

VELADO, porque el fuego cegaría;
velado en las especies, y cernido;
velando el resplandor más encendido
en la materia de la Eucaristía.

Oh, blanca obligación de cada día
que impone el tierno pacto contraído:
quedarse aquí, eclipsado y escondido,
para acallar nuestra melancolía.

Sacramentar Su inmensidad divina
en un poco de pan sin levadura,
para no agriar lo dulce de la harina.

Milagrar de tal modo Su presencia
que no se sienta más que Su ternura,
casi olvidando Su magnificencia.

VI

LA espiga por el aire y sus regiones,
como un oro mecido, destellando,
y el trigo germinando, y madurando,
lentos, al sol, sus tiernos almidones.

La espiga en vuelo por las estaciones,
flecha feliz a su destino blando,
y el grano madurando e instalando
pequeños y continuos corazones.

La caña será eterna por la harina
aunque la hoz la abata y la derribe,
que ella es su vocación y su destino.

Ciclo perfecto que en amor culmina,
ya que, al morir en trigo, en pan recibe
su bautismo eucarístico y divino.

VII

DEL barro al tamo, al bálago, a la harina;
del trigo a la hoz, al bieldo, a la molienda;
del molino al pan ácimo, a la ofrenda:
del barro a Dios en bárbara festina.

Un silogismo que en amor termina,
dado por la premisa más tremenda:
que Dios a hacerse carne condescienda,
cuando la carne a barro se destina.

A ser barro se aviene dulcemente,
a amasarse en el pan de cada día,
lógica que a sí misma se consiente.

Oh, verbo declinado en Alimento.
Oh, barro que se erige Eucaristía.
Oh, sorites alzado en Sacramento.

VIII

SE alza la Hostia tenue como un ala,
sobrevolando por los corporales,
y un bando de querubes teologales
apunta al rumbo que su luz señala.

Y la sombra traslúcida resbala
cándidas levedades candeales,
y hay palomas, campanas y cristales,
súbita dicha donde Dios se instala.

Luna de dulce trigo consagrado:
tenerte siempre en ella, Dios cautivo,
astro de amor continuo y levantado.

Tenerte entre nosotros, trigo vivo,
saberte eternamente vislumbrado,
Dios candeal y Pan definitivo!

IX

CORDERO, en el viril tan delicadamente lechal y tierno, y palpitante;
dulce latido próximo y constante;
pura forma de amor divinizada.

Sacrificio de luz, enamorada
llamarada, blancura deslumbrante,
piedad, eternidad perseverante
en materia de pan sacramentada.

Víctima que a sí misma se doblega,
que a sí misma se ofrece dócilmente,
oh, amor, en la Custodia custodiado.

Oh, Cordero de Dios, que así se entrega,
dulcemente inocente, dulcemente
inmóvil, dulcemente encadenado!

X

CENTRO de amor, diana inevitable,
certera luz donde el amor acierta,
desvelada pupila siempre abierta,
sol cegador, cernido e inefable.

Astro de fe, prodigio innumerable,
puerta continua dulcemente abierta,
lámpara eterna, claridad despierta,
umbral de gozo, gracia indispensable.

Brecha candeal, dulcísima aspillera
pasada por un rayo de Su fuego,
un dardo sólo de la luz divina.

¡Qué no será la lumbre verdadera,
si un sólo rayo ya me tiene ciego,
si un sólo rayo Suyo me fulmina!

"Encuentro"
(1961-62)

ASCENSION

A contraluz subías; lentamente
ibas subiendo a contraluz: subías
milímetro a milímetro como una
mazorca de maíz, doradamente,
y Tu corporeidad, al remontarse,
resbalaba su sombra por los rostros
de los que habían ido a despedirte.
Eran las 8 en punto de la tarde,
justo empezando a anochecer. Subías
despacio, retrasando los adioses
últimos, ascendías gota a gota
lo mismo que la savia por las vides.
Porque era triste abandonarlos ahora,
precisamente ahora, en que empezaban
a apagarse las luces de las fábricas
y a oler a humo triste en los suburbios.
Tú hacia lo alto, colgado por los hombros

de la barquilla de Tu globo de oro,
y ellos allí, en el suelo, los que habían
compartido contigo su tartera.
Eran los mismos, los de siempre. Y tristes.
Jornaleros, yunteros, pescadores.
peones, fogoneros, los de siempre,
viendo Tu remontar irremediable.
Los de siempre, los Tuyos, contemplando
Tu aletear arriba, y, en la piedra,
Tus alpargatas, Tu mahón gastado,
de carpintero. Que te ibas, y ellos
se quedaban allí sin comprenderlo,
con miedo. como niños, de la vida,
Y dicen ¡vuelve! y siguen, y repiten
¡vuelve!, y, como una piedra en un estanque,
la tarde en ondas, por Tu frente abierta,
se cierra sin respuesta para siempre.

ENCUENTRO

CRISTO mío, mi Cristo cotidiano,
mi inesperado, mi llegado Cristo:
diez años braceando entre las sombras,
diez años justos sin volver los ojos
hacia Tu siempre y única presencia.
Yo te había perdido. No es que hubieses
emprendido algún viaje, una de aquellas
caminatas con sol, pitas y olivos
que te llevaban de una parte a otra,
de Siquem a Betania, verbigracia,
sino que te me habías extraviado,
como de niño, cuando lo del Templo.
Diez años justos: los que tiene ahora
mi hijo José María, y, sin embargo,
nunca habías dejado de estar próximo.
Quiero decirlo, proclamarlo a voces,
gritar Tu nombre, confesarte, Cristo, /

única realidad que no confunde,
única, fiel, tiernísima certeza.
Ya no soy ningún niño: he conocido
la tristeza que invade a los cuarenta
años: tengo hijos, casa, libros, versos,
mucho vino bebido, mucha pena,
muchos turbios pecados. Por lo mismo,
si digo Cristo mío, es porque nada
podrá arrancarme ya de Tu costado;
viviré pegado a él, y, gota a gota,
me beberé Tu sangre, y, llanto a llanto,
en que si me abres o si no me abres,
horadaré los muros de la Casa,
hijo pródigo, en fin, recién venido.
Es difícil entrar. Ellos, los Tuyos,
Pedro, Santiago, Juan, Tus pescadores,
no tuvieron problema, no lo tienen;
y, aunque, hediendo a pescado y con las manos
casi embotadas para la caricia
—recias de izar las artes, padecidas
de lañar peces y tirar del remo—,
saben que estás de par en par abierto,
porque por ellos fue, por los malditos
de la Tierra, los pobres, los parados,
los perseguidos, los sin esperanza,
por quienes te instalaste entre nosotros.
No importa que blasfemen o te ignoren,
puesto que tienen Tu palabra, Cristo;
no necesitan más que su miseria
para franquear Tu corazón; les basta

con enseñar las Bienaventuranzas
como un salvoconducto ante la puerta.
Pero yo, Cristo mío, con mis manos
yodadas de balandro y excursiones,
con mis corbatas de cuarenta duros,
con mis camisas caras, con mi wisky,
mi automóvil, mi póker, mi bufete,
donde sobre la mesa se amontonan,
bajo una losa de papel de oficio,
nombres de hombre y lágrimas auténticas,
¿qué puedo hacer para que me conozcas?,
¿cómo voy a esperar que mi camello,
cargado de pecados y molicie,
penetre por el ojo de la aguja?
No obstante, aquí me tienes, Cristo mío,
con todo mi cinismo vuelto en llanto.
Te negué por tres veces, por diez, veinte,
setenta veces siete en estos años,
pero al fin te he encontrado y te me entrego.
No me defiendo: toda mi experiencia
profesional se estrella ante Tu rostro.
No me resisto. Ni siquiera intento,
haldeando los vuelos de la toga,
subir, Código en mano, a los estrados
a convencerte de que Tus palabras
admiten otras interpretaciones.
Tú sabes y yo sé que no hay engaño;
los dos sabemos que los poderosos
—dos mil años bañándose en Tu sangre—,
aunque se han repartido hectárea a hectárea

la Tierra y letra a letra el Evangelio,
no se repartirán Tu Reino nunca.
Lo dijiste: está en juego Tu palabra.
Nos rehuyes, nos rechazas, nos aventas
como trigo maldito de Tu lado.
¿Qué puedo hacer entonces con mi vida?
¿Qué puedo hacer conmigo? ¿Qué me pides?
Estoy dispuesto, Cristo mío, a todo,,
incluso hasta a arrancarme de mí mismo,
con tal de no perderte. Estoy dispuesto,
para participar de las migajas,
a deshacer mi vida entre tus manos,
a disolver mis años en Tu sangre,
a romper con mi nombre para siempre,
a hacerme de los Tuyos como sea.

INDICE

Págs.

LOS MINEROS CELESTIALES (1941)

De pie en el maladeta ... 9
Viva roca ... 10
Cuando piso estas peñas ... 11
El gran silencio ... 12

HOGUERA VIVA (1948)

Prólogo ... 17

EL CORAZÓN EN TU AIRE

Certero amor ... 21
Alba ... 22
Mirarte ... 23
Tu cabello ... 24
Lejana estás ... 25
Con esta voz ... 27

NOCHE DEL HOMBRE

Decidme ... 31
Río del hombre ... 32
Muerte ... 33
Fluir ... 34
Dios ... 35
Llenos de Dios ... 36
Ascensión a Dios ... 37

Págs.

LA SOLEDAD Y LA TIERRA (paisajes de Castilla)

I ... 41
II ... 42
III ... 43
IV ... 44
V ... 45
VI ... 46
VII ... 47
VIII ... 48
IX ... 49
X ... 50
XI ... 51
XII ... 52
XIII ... 53
XIV ... 54

EPÍLOGO DE «HOGUERA VIVA»

A ti sola ... 57

PRESENCIA DE LAS COSAS (1950)

Islas ... 61
Aquí junto a las cosas ... 62
Hombre ... 63
Al llamar a una puerta ... 64
Responso por un ángel ... 65
Niño ... 67
Piedras (Avila) ... 68
Verbo ... 69

HABITANTE EN EL SUEÑO (1953)

Padres ... 73
Elegía por un hombre de Cromañón ... 75
Sola ... 77
Muerte ... 79
Luna ... 81

LO QUE FALTA POR DECIR (1957)

Llanto por los muertos ... 85
Elegía a las once ... 89
Ahora, mientras... ... 93

Págs.

CEUTA DEL MAR (Oda y alabanza por una ciudad) (1960)

Cifra ... 97
Sueños ... 98
Isla ... 99
Septa ... 100
Madrigal con Hércules ... 101
Puente del Cristo ... 102

HORA DE ETERNIDAD (1961)

Hora de eternidad ... 105
No ... 109
Mira ese hombre que pasa ... 111
Viaje ... 113

LUNA DE DULCE TRIGO (1961)

I ... 117
II ... 118
III ... 119
IV ... 120
V ... 121
VI ... 122
VII ... 123
VIII ... 124
IX ... 125
X ... 126

ENCUENTRO (1961-62)

Ascensión ... 129
Encuentro ... 131

PALABRA Y TIEMPO

COLECCION DE POESIA

DIRECTOR

LUIS LOPEZ ANGLADA

SECRETARIO

JESUS ACACIO PEREZ TORREA

CONSEJO ASESOR

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

JOSE GARCIA NIETO

JOAQUIN LEON

Viñeta de la portada
por
SANTAMARIA

Suscripción trimestral:

De honor, 300 pesetas.

Corriente, 60 pesetas.

Dirección: Ferraz, 124, 3.º

MADRID

TABLA DE SUSCRIPTORES
A
«PALABRA Y TIEMPO»

Suscripción especial

BANCO IBERICO

Suscriptores de honor

Arturo Fierro Viña
Alvaro García de la Noceda
José Luis Rodríguez Pomatta.
Luis Rodríguez Viña
Antonio Bellver Uzquiano
Luis Esteban de Goicoechea
Faustino Casanueva Sánchez
Jesús González Palacios
José María Jove Arechandieta
Carlos Montero Ramírez
José María Luelmo
Pablo Tarrero
Carlos Belmonte
Antonio Garríguez Díaz-Cañabate
Antonio Pereira

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO, «ANTOLOGIA INTIMA»,
DE MANUEL ALONSO ALCALDE, DIECISIETE VOLUMEN
DE LA COLECCION «PALABRA Y TIEMPO», EN MADRID,
Y EN «GRAFICAS OSCA, S. A.», EL DIA 31 DE
ENERO DE 1964, FESTIVIDAD DE SAN
JUAN BOSCO

PALABRA
Y
TIEMPO

VOLUMENES PUBLICADOS

1. José Garcia Nieto.
«Geografía es amor.»
(*Premio Nacional de Literatura*)
2. Eladio Cabañero.
(*Premio Nacional de Literatura*)
«Recordatorio.»
3. Luis López Anglada.
«Contemplación de España.»
«*Premio Nacional de Literatura*)
4. Gerardo Diego.
(*De la Real Academia Española*)
«Glosa a Villamediana.»
5. Leopoldo de Luis.
«Juego Limpio.»
6. José Gerardo Manrique de Lara.
«Requiem.»
7. Manuel Alcántara.
(*Premio Nacional de Literatura*)
«Plaza Mayor.»
8. Ramón de Garciasol.
«Poemas de andar España.»
9. Manuel Alvarez Ortega.
«Dios de un día.»
10. Tomás Preciado.
«Calle de la luz.»
11. Jesús Acacio.
«Diario de hombre solo.»
12. José Luis Prado.
(*Premio Nacional de Literatura*)
«Sonetos de una media muerte.»
13. Joaquín León.
«Confesión general.»
14. Lope de Vega.
«Rimas.»
(*Volumen extraordinario. Edición y prólogo de Gerardo Diego*)
15. José García Nieto.
«La hora undécima.»
16. Carlos Edmundo de Ory.
«Los sonetos.»
17. Manuel Alonso Alcalde.
«Antología íntima.»

EN PRENSA

18. Gerardo Diego.
(*De la Real Academia Española*)
«Jándalo.»

LIBROS SUCESIVOS DE

Rafael Montesinos, Demetrio Castro Villacañas, José Hierro, Luis Rosales, Marcelo Arroita Jaúregui, María del Carmen Kruckenberg, Enrique Azcoaga, César Aller, etc.

35 ptas.

TAURUS

Claudio Coello, 69 bis

MADRID